

Frete libertario

Madrid 20 de octubre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro. Serrano, 111

NUMERO 608

Guerra de independencia y guerra de Libertad

El contenido propio de la lucha que está sosteniendo el proletariado español tiene dos características acusadas: una, existente desde el momento mismo en que se disparó el primer fusil; otra, que se ha ido manifestando y reafirmando lentamente a medida que se desarrollaba la contienda y que la actualidad constituye quizás el rasgo primordial de la guerra española. La primera es la conquista de libertades para los trabajadores españoles; la segunda es la independencia de nuestro suelo y de nuestro país de cualquier ingerencia extranjera.

Estos son los dos rasgos característicos de nuestra lucha; independencia y libertad son hoy los dos objetivos fundamentales por los que se sacrifica y lucha nuestro pueblo; independencia de todo poder extranjero, libertad frente a toda coacción autoritaria interna; ahí está la raíz de nuestra lucha y la clave de los gigantescos esfuerzos que realizan nuestros trabajadores. Y si cuando afanes de libertad lanzaban a nuestros hombres a la lucha, fueron capaces de escribir las acciones heroicas de la Sierra, de Toledo, de Guadalajara, anhelos de independencia los sostienen en su firme resistencia del Ebro, de Levante, de todos los frentes en los cuales vuelcan las fuerzas de los invasores pretendiendo inútilmente abrirse camino hacia el triunfo, que cada día se presenta para ellos más lejano, más problemático, más imposible que el día anterior.

Afanes de independencia sostuvieron al pueblo de Madrid en las jornadas del dos de Mayo, y le hicieron enfrentarse con la muerte, con la sencillez y el heroísmo con que se enfrentan con ella las multitudes enfebrecidas de entusiasmo; afanes de independencia jalonan toda nuestra historia, sacudida constantemente por afanes de dominación de pueblos extranjeros, que veían en nuestro suelo y en nuestras riquezas el medio de satisfacer su sed de oro y de poder; deseos de imperar en esta península --camino de América, puerta de África-- han llevado a países extranjeros a intentar dominar en nuestros caminos o en nuestras costas; pero siempre ha sido idéntica la respuesta y la actitud del pueblo español; siempre, frente a cualquier invasión, a diferencia de la

actitud de las clases privilegiadas que han acostumbrado generalmente a mostrarse acogedoras para el extranjero que llegaba en conquistador, las clases humildes de España han sido las que han sabido dar la batalla a los extranjeros, las que han reafirmado el españolismo y la independencia salvaje de nuestro pueblo.

Porque esa es otra de las realidades palpables que la historia nos presenta: siempre que desde el extranjero se ha intentado dominar en nuestro país, en tanto que las clases adineradas se plegaban --en su generalidad que no excluye la existencia de honrosas excepciones-- a los deseos y a las ambiciones de los invasores, aceptando mansamente el yugo que éstos imponían, las gentes del pueblo, las buenas gentes del pueblo a las que ningún interés material ligaba ni con unos ni con otros, tan sólo por defender sus principios morales, sus ambiciones espirituales de pueblo libre, se lanzaron a la lucha con todo su ímpetu, y a costa de dejar en los abrojos del camino jirones de su carne, lograron afirmar, por encima de todos los horrores, de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, la gesta magnífica de su independencia.

Piensen bien los pueblos, mejor dicho, los tiranos de pueblos extranjeros, en la verdad que encierran nuestras palabras; mediten seriamente en la seguridad de que no habrá paz en nuestro suelo hasta que no desaparezca de él el último de los que llegaron pisando en presuntos dominadores, exhibiendo ademanes de marchar por país conquistado; eso nunca; nuestro país no sólo no está conquistado, sino que no lo estará jamás; porque aunque llegase la dominación a extenderse a todos los confines de nuestra patria, subsistiría, latente, el estado de guerra, que sobre manifestarse esporádicamente en cuantas ocasiones hubiera lugar, estallaría más violento que nunca en la primera coyuntura favorable, que, por otra parte, no tardaría en presentarse. Y que todos los presuntos tiranos, de dentro y de fuera, recuerden constantemente la verdad firme y escueta que supiera escribir uno de nuestros poetas:

"Que no puede esclavo ser
Pueblo que sabe morir..."

España

es una

República

de traba-

jadores

GUINÁPOS

EL ARRIBISTA

Es uno de los tipos que se presentan con relativa frecuencia entre nosotros. Gentes de estilo moral incierto y gazapón, habituadas a nadar constantemente a favor de la corriente, cualquiera que sea la naturaleza de ésta, que se ponen constantemente delante de las opiniones en marcha para poder decir después que los siguen, están siempre dispuestas a cambiar de color adaptándose a las circunstancias del ambiente con la mayor facilidad.

Esto no es obstáculo para que pululen en todas partes, para que en todos los lugares hagan oír o cuando menos intenten hacer oír sus palabras ajustadas a la conveniencia del minuto que pasa, y esto es lo peor, para que...

Recién llegados de feo estilo, enredadores y entrometidos, por...

...sólo merecen el desprecio de quienes los rodean. Gentes peligrosas no lo suelen ser; entre otras razones quizás porque les falta el valor necesario para ello. Pero gentes de fiar no lo son en ningún momento, pues con la misma facilidad con que alzan el puño están dispuestos a levantar la mano. El pueblo debe aprender a conocerlos; y después de conocidos, debe proceder a colocarlos en el puesto que realmente les corresponde; puesto desde el cual podrán demostrar su adhesión al antifascismo, sin colocarse en condiciones específicas que puedan poner en sus manos resortes vitales para nuestra lucha o para nuestra producción.

VISADO POR LA CENSURA

De Juan de Padilla a Pedro Crespo

Al hablar estos días de "El Alcalde de Zalamea", hemos recordado a los comuneros, por considerar nosotros que Pedro Crespo era de la progenie de aquellos hombres que alzaron la bandera de las Comunidades contra el poder imperial y extranjero de Carlos V. ¿Es que tiene algo que ver el drama de Calderón con aquel otro que tuvo funesto desenlace en Villalar? —se preguntará alguien—. A lo que hemos de contestar: En lo anecdótico, nada, efectivamente; mucho si atendemos a su espíritu, a la esencia de los hechos.

Las dos figuras más representativas, aquellas que podemos considerar como protagonistas del drama de Comunidades, fueron: Carlos V por una parte; por otra, Juan de Padilla, regidor de Toledo. Es decir, de un lado, el trono; del otro, el Municipio. Este, carne y hechura del pueblo, creado para representarlo y defender sus intereses; aquel, una cosa postiza, que puede perfectamente ser, como lo era, extranjero, y que ve en el pueblo sólo un elemento de explotación, cuando no la bestia de carga que lo sostiene.

En el histórico episodio de los comuneros vemos esto con una precisión casi geométrica: Carlos V desconocía el país que había de regir, y su menosprecio de él se puso de manifiesto al negarse a jurar en las Cortes de Valladolid y hacerse coronar emperador en Alemania. Por añadidura, sus consejeros flamencos asistían a las reuniones de los procuradores de las ciudades castellanas con más autoridad que éstos; insolencia que corría pareja con su espíritu de rapiña, pues se apropiaron de cuantas riquezas encontraban a su paso. Así se patentizó, en los comienzos del reinado de Carlos V el divorcio de éste con el pueblo, hasta que estalló la rebelión de los comuneros, depositarios de la confianza y la dignidad castellana, que no quiso tolerar las afrentas de ministros que le eran extraños.

Lo que de España le importaba a Carlos V y a sus favoritos extranjeros eran los tributos que podían extraer de sus pueblos. Toledo se negó a pagarlo, y exhortó a otras ciudades castellanas para que siguieran su ejemplo. Y así se produjo la rebelión, cuyas cabezas visibles fueron Padilla, Bravo y Maldonado.

El sentido popular y justiciero de aquel movimiento hizo que prendiera en todas las almas españolas —siempre hay deshonrosas excepciones, naturalmente— y que el triunfo más completo le acompañara en su iniciación. Casi toda Castilla había sido ganada para la causa de los comuneros. Pero la nobleza, con su cerrazón mental de siempre, al ver al pueblo victorioso, temiendo que las reivindicaciones que éste pedía pudieran disminuir en lo más mínimo sus privilegios, se sintió casta privilegiada antes que española, y se puso de parte del monarca y su camarilla extranjera... Exactamente igual a lo que ahora han hecho los aristócratas y terratenientes.

El programa de los comuneros no tenía nada de demagógico —que diríamos hoy—, ni muchísimo menos. Todo lo que los comuneros pedían en su memorial dirigido al Emperador, que se encontraba en Flandes, el 20 de octubre de 1520; todo lo que pedían, decimos, era justo, razonable, patriótico... Pero, salía al paso de los abusos del poder real y de las prerrogativas de la nobleza, que a tantos abusos daba también lugar. Y para que no prosperara, se coaligaron todas las fuerzas de la reacción. Desde aquel momento em-

pezó a eclipsarse la estrella de los comuneros. Contra ellos se contaban los extranjeros y los traidores a su patria, con lo cual vemos que los procedimientos de la reacción, a través de todos los tiempos, son los mismos.

Mejor aún que en las páginas de la Historia, vemos en las obras de los grandes dramaturgos del Siglo de Oro, las consecuencias nefastas para el pueblo español, de aquella derrota. Y vemos algo más, en algunas de sus magistrales creaciones; algo que es lo que fundamentalmente a nosotros nos interesa: vemos cómo reaccionaba el pueblo ante los atropellos de que era víctima, después de Villalar.

Reacción magnífica, que nos desvencible de nuestra raza! Alienta en el fondo insobornable e ineludible de Pedro Crespo, alcalde inmortal de Zalamea, el corazón esforzado —oro puro entre la escoria que pretende ahogar sus latidos— de Juan de Padilla.

Ante todo mutilado

Como vestigio histórico quedará de esta guerra la grandeza del mutilado. Pasarán lustros, vendrán quizas otras épocas de ardores bélicos, quedará Alemania desquebrajada, rota; fracasará Italia con la política de los misticismos y de la hipocresía, y el mutilado único quedará envuelto en un iris elogioso de marcos de oro.

Cayó en el parapeto. Defendiendo unos ideales puros, unos ideales sublimes, que serán el portavoz de la redención del mañana de la clase trabajadora.

No será nunca el mutilado parásito, rémora de todos los gobiernos, preocupado solamente de percibir sus haberes en el erario de la Deuda de Clases Pasivas si no que se preocupará de superarse, acudiendo a la enseñanza, como clave ferviente de su instrucción para poder ser, en fecha no lejana, hombre comprensivo al poder exigir sus derechos y con orgullo sacrificarse también en sus deberes.

El ciudadano mutilado no hará exhibición alguna de su desgracia, para excitar raudales de sentimentalismo, porque quien todo lo ofreció desinteresadamente y sin más estímulo que la aurora de sus ideales no puede, de modo alguno, admitir ni prebendas caritativas ni exclamaciones lastimosas.

Deben huir siempre de excitar el consabido tópico de "¡Pobrecito!", para sustituirlo por el de "es todo un hombre".

Será más fuerte con la hombría de hierro de su independencia proletaria y por encima de todo y ante todo, será mutilado, es decir, caído en la lucha, hermano de los que también cayeron, perdiendo en las trincheras, pedazos de miembros que hoy aún sangrantes, vacilan como palomas mal heridas.

Ser mutilado equivaldrá, en lo sucesivo, a ser hombre culto, pero sin más aspiración que superarse en el trabajo y en la inteligencia, al margen de los "románticos políticos" y de las luchas partidistas, odiosas y con un fin práctico encauzará silenciosamente a las masas trabajadoras para redimirlas de la rutina y de la tutela burguesa, aspirando siempre a crear maravillas en los talleres y en las fábricas, y a deleitarse y deleitar en el laboratorio o en la biblioteca.

El mutilado, después de la guerra, no será nunca el muñeco propicio para encumbrar a un partido político, valiéndose del sentimentalismo de los miembros perdidos. Esto equivaldrá a una limosna, y nosotros estamos tan satisfechos de nosotros mismos, que no podemos admitir mezquindades que empañen la rectitud de nuestras acciones.

Ser mutilado en lo sucesivo equivaldrá a ser hombre consciente,



Sin duda, para ponerse a tono con el ambiente hay que adquirir la "temperatura" necesaria para no alterar las "calorías" ajenas.

Parecen imperdonables la claridad, la exactitud, la rotundidad. Se hacen necesarios el disimulo, la vaguedad, el rodeo, bajo la amenaza de anatema.

De aquí que no sepamos a ciencia cierta cómo ha de llamarse al que roba, que para nosotros es "ladrón"; ni al que hace mercadería de su conciencia, que para nosotros es inmoral.

Ni cómo hemos de llamar, a la incapacidad, al arribismo, a la mentira, a la falsía, al miedo o a la audacia.

Nuestra ingenuidad se encuentra amenazada de desorientación por los derroteros de la actualidad.

Nosotros no hemos empleado nunca la doblez ni el disimulo, cuando hemos tenido que llamar a las cosas por su nombre, porque aprendimos a hablar en español y en este idioma escribimos.

Pero... ¡claro!... Las circunstancias cambian...

El torbellino de los acontecimientos trastorna actitudes, ideas, lugares y planos...

El patrimonio de la sabiduría cambia de opinión... o por lo menos, aparentarlo para bien vivir...

Y he aquí que la luz hay que tamizarla con las cortinas de la conveniencia, para que no haga daño a los ojos, acostumbrados a las sombras del desconocimiento, de la ignorancia.

Y las voces fuertes, las frases exactas, los conceptos rotundos son explosiones demasiado fuertes para que puedan sufrirlas los oídos delicados, que se acostumbraron a no oír.

Como decimos al principio, es cuestión de "temperatura"...

Pero nosotros no tenemos la culpa de tener un buen termómetro que marca con exactitud matemática las auténticas "calorías" de la verdad y la razón.



JUZGAR. — Recolección del derecho hecha por el deber.

K

KAISER. — A última hora va a resultar una buena persona al lado del "führer".

KILOGRAMO. — Oficial y etimológicamente son mil gramos.

KILOMETRO. — Comida de motores y muralla de pueblos.

KILOVATIO. — Electricidad en moneda.

KIMONO. — Funda de encantos... o de lo que sea.

KIOSCO. — Garia del negocio.
KORAN. — Biblia de color, con las mismas bellezas y defectos que la otra.

L

LABERINTO. — En lo que se ha metido algunos... sin saberlo. La cuestión es dar con la salida.

LABIA. — Opio de la simpatía.

LABIOS. — Manos del alma.

LABOR. — Hijos de la actividad.

La salud de los hijos depende del estado de los padres.

LABORAR. — En lenguaje simple es "hacer que se hace". ¿Pero qué nos vamos a engañar?

LABORATORIO. — Juzgado de Ciencia.

LABORIOSO. — Cualidad de algunos hombres, de algunos partidos, de algunas crisis.

"LABOR OMNIA VINCIT". — Lo dicen los técnicos que quieren decir "todo lo vence el trabajo". Ahora que hay tios que, francamente, no tienen madera de vencedores.

LABRADOR. — Marido de la rra.

LABRANZA. — Ratos de amor en campo y la producción.

LACAYO. — Servilismo decorativo.

LACERO. — "Pegamin" municipal.

LACIO. — Aburrimiento de la bilidad.

LACON. — "Porquería" calderal.

LACONISMO. — Cuenta-gotas de la conversación.

LACRA. — Forúnculo moral, susceptible de extirpación.

LACRE. — Seguridad teórica quemaduras de dedos.

LACRIMOGENO. — Desconsuelo represivo.

LACTANCIA. — Riego de la humana.

LACTAR. — Ratificar la maternidad.

LACTEO. — Jugo que se pone a juzgar con mucha frecuencia, a juzgar por los resultados.

LADEADO. — Maldad de la inclinación.

LADEARSE. — Esquivar la rectitud.

LADRAR. — Naturalmente lo hacen los perros, y además son los únicos que lo hacen bien.

LADRILLAZO. — Tormenta San Carlos.

LADRILLO. — Célula de la edificación.

LADRON. — ~~El ladrón~~...

LADRONCILLO. — Sanguijuela de la posesión ajena.

LAGAR. — Amasadora de la embriaguez.

LAGARTA. — "Lechuza" de los dedos así... y tocar madera.

LAGARTO. — Hay que poner los dedos así... y tocar madera.

LAGO. — Confinamiento hidráulico.

LAGRIMA. — Válvula de escape del sentimiento.

LAGRIMEAR. — Debilidad vergonzante.

LAGUNA. — Baches de la capacidad.

LAICO. — Fanatismo dogmático pasado por el filtro de la razón.

LAMENTABLE. — Lo que son las equivocaciones cuando se equivoca sabe que no equivoca.

LAMENTACION. — Publicidad de dolor.

LAMENTARSE. — Vestirse de víctima.

LAUMENTO. — Campanada del mal estar.

LAMER. — Besos del servilismo.

LAMPARA. — Sol de marionetas.

LANA. — Ropa de desecho de ovejas.

LANGOSTA. — Las hay que saltan y que hacen saltar. Unas por las patas, otras por el precio.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.